

CONSUELO VARELA
(Coord.)

CONGRESO INTERNACIONAL
CRISTÓBAL COLÓN, 1506-2006
HISTORIA Y LEYENDA

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
SEDE IBEROAMERICANA SANTA MARÍA DE LA RÁBIDA
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALOS DE LA FRONTERA
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS - EEHA

PALOS DE LA FRONTERA (Huelva)
2006

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución.

Portada: JUAN CARLOS CASTRO CRESPO

- © UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA
Sede Iberoamericana de Santa María de La Rábida
- © EXCMO. AYUNTAMIENTO DE PALOS DE LA FRONTERA
- © CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS - EEHA

ISBN: 84-7993-037-3
Depósito legal: SE-3924-06
Impreso en España
Impresión: El Adalid Seráfico S.L.L.
Maquetación: Juan Gallardo Blanco

De leyendas, tópicos e imágenes.

Colón y los estudios colombinos en torno a 1892

SALVADOR BERNABÉU ALBERT
EEHA-CSIC

Introducción

Tan difícil como investigar sobre procesos, acontecimientos, épocas y personajes históricos con pocos datos, documentos y vestigios, lo es el abordar a las grandes figuras de la Historia como Cristóbal Colón. No se trata de un agotamiento del tema (por el contrario, hay muchas lagunas e incógnitas todavía sin resolver), sino que la multiplicación de datos, teorías, referencias, imágenes, escritos, símbolos, etcétera, sobrepasa lo que un investigador puede estudiar a lo largo de su vida. Durante el siglo XX, Colón se ha convertido en uno de los principales protagonistas de la sociedad de la comunicación y de la imagen. No hay nuevo medio que no tenga su mirada *colombina*: desde el cine a la publicidad, sin olvidar al Colón de la web o el impacto del diseñador gráfico: KOLón. Esta sobreabundancia de información ha llegado a saturar a muchos investigadores, que han desertado por miedo a verse sepultados por miles de referencias. Amilana el exceso de páginas, que frena la fluidez de la reflexión y la escritura, y la fugacidad y la volatilidad de casi todo lo *colombino*. Pero a la vez escasean los especialistas en los albores de este nuevo siglo, y es difícil encontrar nuevos datos e interpretaciones. Queda lejana la excitación de finales del siglo XIX, cuando los investigadores esperaban resolver la mayoría de los enigmas sobre los orígenes y la vida del Almirante gracias a los hallazgos en los abandonados y desconocidos archivos. El entusiasmo finisecular producía inquietud y desazón, además de una inusitada prudencia que llevó a que no apareciese ninguna biografía nueva de entidad en 1892 ni en los años anteriores ni posteriores. Nadie se atrevió a escribir ni una semblanza mediana del genovés, porque ese libro podía quedar obsoleto antes de que se secase la tinta.

El IV Centenario fue la feria de la reedición, el convite del folleto y la fiesta de los *colones* por encargo o a la carta. La industria editorial, con un

mercado en expansión y una sociedad de lectores en aumento, aprovechó la ocasión para llenar las librerías, las revistas y los periódicos con trabajos que aludían a Cristóbal Colón y la empresa descubridora. Pero gran parte de ellos habían sido escritos muchos años antes y estaban superados en sus visiones. Las viejas biografías convivieron en los escaparates con las novedades, y sus datos y enfoques inspiraron nuevos artículos de avispados periodistas sin contribuir al avance real del conocimiento. La biografía colombina perdió claridad y novedad, por lo que se hizo necesario un análisis historiográfico que esbozó con gran acierto Marcelino Menéndez y Pelayo en un minucioso trabajo al que aludiré repetidamente en este trabajo¹. Siguiendo sus pasos, no pretendo reconstruir la genealogía de los estudios colombinos, ni precisar o liquidar los debates planteados entonces sobre los enigmas colombinos (patria, linaje, formación, ...), sino remarcar los textos principales, mostrar la diversidad de perspectivas, exhibir la vastedad y variedad de asuntos, exponer las principales causas de esta explosión colombina (nacionalismo, mercantilismo, rivalidad internacional, iniciativa cultural privada) y relacionarla con el contexto histórico. Aunque parezca de Perogrullo, hay que recordar que ni Marx fue marxista, ni Cristo cristiano, ni Colón colombino, y que es necesario descubrir cómo se construye la imagen histórica de un personaje, trámite imprescindible para conocer la recepción de una figura en una determinada sociedad. La idea de una construcción está íntimamente ligada a nuestra condición de seres históricos, a la conciencia clara de que no existen discursos neutros ni apolíticos, y que cada época ha tenido una paleta de visiones del personaje que han coexistido con tantas debilidades y fortalezas como el resto del pensamiento social².

Colón y la memoria histórica de la Restauración

Como escribió Fernando Pessoa: “Los muertos nacen, no mueren”³. Nacen a la Historia, a la interpretación, a la memoria social. Muerto en Vallado-

1 Menéndez y Pelayo, Marcelino: “De los historiadores de Colón”, *El Centenario*, t. II, Madrid, 1892, pp. 433-454; y t. III, Madrid, 1892, pp. 55-71.

2 Hartog, François y Revel, Jacques: *Les usages politiques du passé*, École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 2001.

3 Pessoa, Fernando: *Libro del desasosiego*, traducción de Perfecto E. Cuadrado, Acantilado, Barcelona, 2002, p. 196.

lid el 26 de mayo de 1506, Cristóbal Colón nació a la historiografía americanista, siendo una referencia obligada de cronistas, funcionarios, religiosos, abogados y de casi todos los escritores que trataron del pasado del Nuevo Mundo. Con todo, hay momentos privilegiados donde la compleja y heterogénea visión de un personaje como Colón queda al descubierto con más facilidad. Ese momento son los centenarios, coyunturas privilegiadas que permiten abordar la reflexión crítica, los avances historiográficos, el nexo indisoluble entre sociedad y conmemoración, entre el personaje histórico y el momento de la celebración, entre la memoria y el olvido. Junto a sus ventajas, estas coyunturas culturales también tienen sus limitaciones, porque los centenarios como prácticas memorialísticas sólo surgen en España en el último cuarto del siglo XIX, teniendo que recurrir a otras estrategias históricas para abordar al personaje en épocas anteriores. Yo me limitaré a la coyuntura que rodeó a 1892, analizando las visiones que convivieron en un año mítico y tratando de encontrar el origen y los significados de las mismas. En ese año se popularizaron visiones minoritarias hasta entonces, que compitieron con otras profundamente enraizadas en la sociedad española.

He de advertir desde el principio que este trabajo es la continuación natural de otros anteriores sobre el IV Centenario, a los que haré referencia constantemente, ya que me han servido de bastidor para escribir este nuevo ensayo⁴. En 1892, la sociedad española se dispuso a celebrar el IV Centenario del Descubrimiento de América. Poco se había hecho en el primer, segundo y tercer centenarios, pero a finales del siglo XIX, la empresa de Colón y sus hombres fue considerada como uno de los grandes eventos a conmemorar por la sociedad finisecular. Por numerosos países se extendió la necesidad de no desaprovechar el año mágico y mítico del 92, y en España se implantó la necesidad de rememorar lo que *era* en el momento de producirse el acontecimiento cumbre de su historia: el descubrimiento de unas pequeñas islas en mitad del océano Atlántico el 12 de octubre de 1492. Desde mediados del

4 Principalmente me refiero a mi libro *1892. El IV Centenario del Descubrimiento de América en España: Coyuntura y conmemoraciones*, CSIC, Madrid, 1987. Posteriormente aparecieron otras investigaciones regionales, que completaron mi panorama general. Por ejemplo, Abad Castillo, Olga: *El IV Centenario del Descubrimiento de América a través de la prensa sevillana*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla, 1989; Sánchez González, Juan: *El IV Centenario del Descubrimiento de América en Extremadura y la Exposición Regional*, Editora Regional de Extremadura, Mérida, 1991; y Calderón Quijano, José Antonio: "El IV Centenario del Descubrimiento de América", *Boletín de Bellas Artes*, 2.ª época, núm. XVIII, Sevilla, 1990, pp. 91-166.

siglo XIX, varios obispos italianos y franceses quisieron hacer santo a Cristóbal Colón: mostrarlo como el enviado de Dios para salvar a la mitad del mundo. Pero esta glorificación pronto fue superada por los nuevos aires del siglo. Los seguidores del positivismo, escuela predominante en la segunda mitad del siglo decimonónico, habían inventado un calendario que, a imagen del religioso, permutase las celebraciones de santos y beatas por la de los hombres que hubiesen contribuido decisivamente al avance de la Humanidad. Había que educar a la sociedad en los mandamientos del progreso. La nueva religión positivista alentó –a imagen de la cristiana– nuevas procesiones (eso sí, cívicas), grandes catedrales del saber (las Exposiciones Universales) y un circuito cultural de lugares de peregrinaje laicos y científicos: ateneos, asociaciones, congresos, etcétera, que sirvieron para mostrar los avances reales en el saber de la humanidad. Y en la configuración de la imagen de la tierra, en la conexión de todos los pueblos del planeta y en el avance de la economía-mundo, nada había sido más importante que el capítulo inaugurado por el primer viaje colombino en 1492.

El cuarto centenario del Descubrimiento de América coincidió con un proceso de elaboración de la memoria colectiva que subrayó ciertas épocas y sucesos claves, privilegiando el reinado de los Reyes Católicos, reverenciados como creadores de la nación española. Además, si la memoria era considerada como la fuente de toda identidad, se va a reconstruir la española como cabeza y madre de una comunidad de naciones hispánicas en torno a tres ideas clave: la lengua, la religión y el glorioso pasado imperial. La España de 1892 se vuelca con el Centenario no solo como un ejercicio erudito y de rescate del ayer, sino como una viga maestra en la construcción de la identidad nacional y una apuesta por la superación del aislamiento y el ostracismo diplomáticos con sólo la comparación del momento de la conmemoración con el conmemorado. Ingenuamente se piensa que la sola evocación de la época transmitiría por mimetismo las energías y objetivos de antaño al decadente presente. A tan solo un sexenio de la crisis del 98, los negros nubarrones aparecen ya en el horizonte.

Las memorias y escritos de los protagonistas y los artículos y reseñas de los periódicos de la época recuerdan positivamente la multiplicación de los escritos, las conferencias, los congresos y las exposiciones que trataban de Colón, de sus compañeros y de los pueblos y naciones de América. Se extendió una machacona necesidad de rememorar lo que fue el pasado español del

continente, de rehacer la memoria histórica para cambiar la postración del presente y diseñar el futuro. En el último cuarto del siglo XIX surgieron numerosas voces y proyectos que pidieron el fortalecimiento de los lazos y la recuperación de una posición de liderazgo en el mundo latino. Relacionado con este impulso positivo, nacionalista y mercantilista, estaría el cambio del protagonismo del Centenario. Un primer Centenario dedicado a *Cristóbal Colón* fue permutado, gracias al apoyo del gobierno y de las principales instituciones culturales (Academia de la Historia, Ateneo de Madrid, Ateneo de Barcelona, Sociedad Colombina Onubense, etcétera) por la conmemoración del *Descubrimiento de América*, (el primer viaje colombino, teniendo en cuenta a todos los marineros, capitanes y patrocinadores). Pero no satisfechos con este cambio, algunos escritores de gran influencia en ese momento apostaron por la celebración del IV Centenario del *Descubrimiento del Nuevo Mundo*, con una mayor riqueza temporal, espacial y cultural. En palabras de Menéndez Pidal: “No es realmente el centenario de Colón lo que se celebra, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aun si se quiere el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ora se la haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del Infante don Enrique, ora, como otros quieren, de la primera ocupación de las islas Canarias”⁵. Estos tres *centenarios* convivieron simultáneamente, pero la apuesta oficial se decantó por el *descubrimiento* en contra de los posicionamientos de los gobiernos de Italia y los Estados Unidos, partidarios del *descubridor*. En consecuencia, España conmemoró la empresa del descubrimiento en su totalidad y, sin olvidar a Colón, se le contextualizó en su época histórica. Así, se recordó y glorificó la intervención de Isabel tanto como la iniciativa del genovés, y se rindieron honores a sus compañeros, a los hermanos Pinzón y a los posteriores navegantes y conquistadores que hicieron posible la consolidación del Nuevo Mundo⁶.

La *nacionalización* del IV Centenario se hizo patente en numerosas declaraciones, especialmente de un autor colombinista reconocido interna-

5 Menéndez y Pelayo, Marcelino: “De los historiadores...”, t. II, p. 439.

6 El *Descubrimiento del Nuevo Mundo* es el protagonista de las empresas culturales más importantes. Por ejemplo, el ciclo de conferencias organizado por el Ateneo de Madrid, que se publicó con el título de: *El Continente Americano. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid sobre el Descubrimiento de América*, Rivadeneyra, Madrid, 1892. La mayoría de estas conferencias también se editaron en separatas por la citada editorial Rivadeneyra.

cionalmente: el marino Cesáreo Fernández Duro. Según este historiador, en 1892: “España habrá de enaltecer entonces primero y ante todo a España, por aceptar la grande empresa, para lo cual las otras carecían de aptitud y arrojo”⁷. O en palabras de Ángel Stor: “Hay en el descubrimiento de América un personaje más grande que Isabel y Fernando el Católico (...) más grande que Colón mismo... Este personaje es España, verdadera protagonista de aquella maravillosa epopeya, mirada como unipersonal por populares escritores americanos”⁸. Estas frases grandilocuentes, que se pueden encontrar tanto en la prensa liberal como conservadora, hay que enmarcarlas en la política y la sociedad de 1892, con una reina extranjera en el trono, un rey de seis años, un sistema político de alternancia pacífica de partidos que daba sus primeros frutos, pero que era cuestionado por republicanos, carlistas y otros descontentos ultramarinos, y un panorama internacional conflictivo en el que España apenas tenía algo que decir.

Cánovas, el verdadero impulsor de las conmemoraciones desde la presidencia del gobierno, no apoyó el evento solo por erudición. La Corona era la garante y la cúspide del sistema político de la España de la Restauración desde 1875, alternándose en el gobierno de la nación dos partidos: los liberales y los conservadores. Los primeros estaban liderados por el riojano Práxedes Mateo Sagasta y los segundos por el abogado e historiador malagueño Antonio Cánovas del Castillo. Buena parte de España estaba dominada por el caciquismo, forma de vida política que garantizaba la alternancia gubernamental con pocos sobresaltos, ya que las elecciones se convirtieron en mero teatro⁹. Por eso, con la muerte del rey Alfonso XII en 1885, el sistema de la Restauración sufrió un revés importante, que los líderes políticos

7 Fernández Duro, Cesáreo: “¿Es el centenario de Colón? Carta dirigida al Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, enumerando documentos apócrifos que se han publicado con referencia al Descubrimiento del Nuevo Mundo”, *Revista Contemporánea*, vol. LXXIX, Madrid, 30 de julio de 1892, Madrid, p. 130.

8 Stor, Ángel: “Las conferencias en el Ateneo”, *La Ilustración Española y Americana*, vol. XXXIII, Madrid, 8 de septiembre de 1892, p. 147.

9 Como ha señalado Javier Tusell: “Lo esencial fue una disposición de la clase política dirigente contraria al monopolio del poder por parte de un solo partido político y destinada a evitar una desmedida intervención de la monarquía (o de su camarilla) como en tiempos pasados”. Prólogo al libro de Lario, Ángeles: *sin brújula. La Corona y el sistema político de la Restauración (1875-1902)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999, p. 20. Una obra fundamental sobre el periodo es Varela Ortega, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración, 1875-1900*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.

se apresuraron a apuntalar. La crisis política fue superada momentáneamente con el nombramiento de María Cristina de Habsburgo-Lorena como Regente de España y con la elección de un nuevo gobierno presidido por Sagasta, pero todos reconocían la fragilidad del sistema político, con una reina extranjera embarazada, con escasa preparación para la política y la amenaza de los conatos revolucionarios, las insurrecciones militares y las organizaciones clandestinas (además del problema irresoluto de las colonias ultramarinas). El alumbramiento de un hijo póstumo, el 17 de mayo de 1886, que fue bautizado con el nombre de Alfonso XIII, fue una frágil tregua que había que consolidar con actos simbólicos y una corriente afectiva hacia la nación y hacia sus máximos representantes: la familia real.

Durante la Regencia de María Cristina, el sistema político de turno de partidos se consolidó, y en este proceso la reina viuda jugó un papel fundamental porque era la que prácticamente decidía el relevo del gabinete¹⁰. Para fortalecer el bipartidismo y el papel del rey en el gobierno parlamentario, Cánovas y otros políticos de la época utilizaron la teoría política y la historia¹¹. Era necesario reforzar la intimidad de la Corona y el pueblo español en unos momentos difíciles, con un rey en pañales y una regente austriaca. La Monarquía era la institución más alta y permanente del país y la depositaria de la imparcialidad, del más puro patriotismo y de la gobernabilidad del país. Era necesario cultivar y extender la devoción popular por los monarcas y, en consecuencia, la utilización de la opinión pública será una de las metas fundamentales del gobierno al llegar 1892. La celebración se convierte en una oportunidad única para ensalzar la Monarquía, aumentar su prestigio tanto en el interior del país como en el exterior, y con ello consolidar el régimen parlamentario¹². Si bien el protagonista del IV Centenario es, en principio, Cristóbal Colón, pronto la conmemoración cambió el título por la del Descubrimiento de América, como ya vimos, en cuya plasmación tuvieron gran protagonismo los Reyes Católicos. Y en particular la reina Isabel, que se convierte en co-protagonista de la celebración hispana, ensalzada en cientos de

10 Tusell, Javier: op. cit., p. 21.

11 Véase los apartados “Cánovas y la Monarquía” y “Cánovas y el gobierno parlamentario” de la obra de Lario, Ángeles: *El Rey, piloto...*, pp. 57-66.

12 Pérez Garzón, Juan Sisinio et alii: *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona, 2000. Otro interesante libro colectivo es Forcadell, C. (ed.): *Nacionalismo e historia*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1998.

poemas y artículos, glorificada en homilias y pregones, vitoreada en las escuelas y los desfiles, encumbrada en las estatuas y cuadros, y elogiada en los discursos académicos y políticos. Quizás ninguna imagen sea más elocuente que la del monumento inaugurado en Granada, obra del escultor Mariano Benlliure, donde la reina, sentada, se inclina amorosamente para recibir a Colón. Pero la construcción más significativa es el obelisco levantado en la explanada inmediata al monasterio de la Rábida, donde el globo terráqueo y la corona real, símbolo de la Monarquía hispana, rematan una gran columna.

Esta unidad entre Corona española y Cristóbal Colón no era nueva. Con motivo de los esponsales de Alfonso XII, la nobleza española había obsequiado a los consortes una escultura del Almirante, obra de Arturo Mélida, que fue instalada en el Paseo de la Castellana. La figura del Almirante está abrazando la bandera de España. El monumento, de estilo gótico florido, tenía en su basamento distintos bajorrelieves que recogían los principales episodios del proceso descubridor: una carabela con un globo, al mediodía, Isabel ofreciendo sus joyas, al oriente, Colón proponiendo su proyecto a fray Diego Deza, al occidente, y la Virgen del Pilar, al norte¹³. En este mismo panel, en la parte inferior, se pusieron: “por oportuna indicación del arquitecto Mélida, los nombres de Martín Alonso Pinzón, de Vicente Yáñez Pinzón, del piloto Juan de la Cosa, y los de otros ochenta y un compañeros de COLÓN en ese viaje, que por dicha se han conservado”¹⁴. La elección de este regalo no era baladí. Además de nacionalizar la empresa descubridora, existía una voluntad de ciertas elites emprendedoras y unidas al desarrollo comercial e industrial del país por expandirse por los mercados americanos. Poco a poco fue extendiéndose por todas las regiones españolas un consenso general por impulsar las relaciones políticas, económicas y culturales con los países hispano-americanos, que también compartieron –con pocas diferencias– los dos partidos principales. No fue casualidad que los empresarios catalanes levantaran una gran columna frente al puerto de Barcelona, rematada con una popular escultura de Colón señalando el Nuevo Mundo, que fue

13 *Monumento a Cristóbal Colón, erigido en Madrid por iniciativa de títulos del reino*, Fortanet, Madrid, 1886, 16 páginas y cuatro fotografías. El monumento tenía diecisiete metros de altura y la estatua de Mélida poco más de tres. Se utilizó piedra de Fons y mármol de Carrara para la escultura de Mélida.

14 Asensio, José María: *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*, 2 tomos, Espasa y Compañía, 1886-1888, Barcelona, 1891, 2.ª edición, p. XXXI.

inaugurada el primero de junio de 1888 por María Cristina de Austria en nombre de su hijo. El monumento, de sesenta metros de altura, fue obra del arquitecto Cayetano Buhigas y Monrabé, y contaba con numerosos relieves y esculturas que recordaban a los catalanes que apoyaron o participaron en los viajes colombinos. El grandioso monumento estaba franqueado por cuatro leones, cuatro matronas que representaban a Castilla, León, Aragón y Cataluña, y cuatro estatuas de fray Bernardo Boyl, el capitán Margarit, Ferrer de Blanes y Santangel. La ciudad de los condes, emporio industrial y capital editorial del libro en castellano, no quería olvidar que fue la sede del encuentro de Colón con los Reyes Católicos al regreso de su primer viaje¹⁵.

A otros grupos de la cornisa cantábrica, además de los posibles negocios, les preocupaba la suerte de los numerosos emigrantes que cruzaban cada año el Atlántico. Y a los escritores, empresarios, periodistas y profesores les impacientaba la falta de acuerdos de derechos intelectuales y las constantes ediciones piratas de sus obras. Para los políticos en general, Hispanoamérica era la recuperación del esplendor pasado, el camino más fácil para que España se convirtiera en una gran potencia y la llave de la recuperación del prestigio internacional, que redundaría en un progreso social y económico interno en todos los campos y sectores sociales (el regeneracionismo hispanoamericanista). Al finalizar el siglo, Cánovas del Castillo encabezó el proyecto histórico general más ambicioso, contando con varios especialistas en cada época histórica. En ese momento, nadie era capaz de firmar una obra de las dimensiones de Modesto Lafuente, por lo que Cánovas, director de la Academia de la Historia, diseñó una empresa colectiva destinada a convertirse en la historia oficial de la Restauración¹⁶. El período dedicado a los Reyes Católicos se encargó a Víctor Balaguer y apareció en 1892, coincidiendo, no por casualidad, con el IV Centenario del Descubrimiento de América. La obra dejó mucho que desear, no superó la escrita por el liberal Modesto Lafuente, y se dedicó a ensalzar y cantar las cualidades de los monarcas y su

15 Las relaciones comerciales de Barcelona con América son analizadas en Dalla Corte, Gabriela: *Casa de América de Barcelona, (1911-1947). Comillas, Cambó, Gili, Torres y mil empresarios en una agencia de información e influencia internacional*, Madrid, LID, 2005.

16 Pérez Garzón, Juan Sisinio: "Modesto Lafuente, artífice de la historia de España", en Lafuente, Modesto: *Discurso Preliminar. Historia General de España*, Ugoiti Editores, Pamplona, 2002, pp. LX-ss. Un excelente estudio sobre el historiador liberal en Bernard Pellistrandi, "Escribir la historia de la nación española: proyectos y herencias de la historiografía, Modesto Lafuente y Rafael Altamira", *Investigaciones Históricas*, núm. 17, Valladolid, 1999, pp. 137-159.

reinado “providencial”¹⁷. Sus deudas con aquélla son numerosas, pues, aunque se discrepara en numerosos detalles y en el grado de valoración de algunos reinados y hechos, Cánovas y sus seguidores no tenían un esquema general muy diferente del de Lafuente. Para él, también el reinado de Isabel y Fernando había sido clave en la historia nacional. Los elogios para estos monarcas son continuos en sus escritos, reivindicación que extenderá a los reyes de la casa de Austria¹⁸, de la que, no lo olvidemos, María Cristina era una descendiente.

Otro elemento relevante del Centenario fue la rivalidad internacional surgida por encabezar las conmemoraciones. Así, la petición norteamericana de información sobre lo que preparaba España para 1892 obligó al gobierno liberal, presidido por Práxedes Mateo Sagasta, a tomar las primeras decisiones importantes. De igual forma, el encargo de los americanos para construir las réplicas de la nao *Santa María* y las carabelas *La Pinta* y la *Niña* en unos astilleros catalanes forzó al gabinete español a decretar la financiación de, al menos, la nave capitana *por decoro patrio*. Si esto ocurría con los Estados Unidos, las celebraciones italianas en honor de Cristóbal Colón presionaron para que, primero, los actos oficiales se adelantaran (en Italia comenzaron el 10 de junio, día de san Cristóbal) y segundo para que se concentraran en la provincia de Huelva, territorio donde se gestó el viaje, se realizaron los preparativos y cuna de la mayor parte de los marinos de las tres naves. Durante 1892, el Centenario se convirtió en un *torneo honorífico* donde España y los Estados Unidos buscaron la potenciación de sus respectivas influencias en los países hispanoamericanos¹⁹, y entre España e Italia surgieron los celos por aclarar a quién pertenecía la gloria real del *descubrimiento*. Coincidieron pues, en el IV centenario, una doble rivalidad (en cierta forma paradójica),

17 Peiró Martín, Ignacio: *Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1995, p. 153 y ss.

18 Peiró Martín, Ignacio: “La fortuna del emperador: la imagen de Carlos V entre los españoles del siglo XIX”, en Martínez Millán, José y Reyero, Carlos (coord.): *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de mitos en el siglo XIX*, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, Madrid, 2000, pp. 153-194; y Pasamar Alzaría, Gonzalo: “La rehabilitación de los primeros Austrias entre los historiadores de la Restauración”, en la misma obra, pp. 121-140.

19 Los intentos de consolidar una tutela panamericana, dirigida y controlada por los Estados Unidos, despertó numerosos recelos en la América al sur del río Grande. Los países de herencia latina buscaron unirse para frenar la amenaza que suponía el poderío yanqui. Surgieron, así, numerosas voces que pidieron revisar y reestablecer los lazos culturales, religiosos, de tradiciones, entre ambos lados del Atlántico y extenderlos a la política, la economía e, incluso, la unidad política.

pues si frente a Estados Unidos se abogó por el choque de civilizaciones latina y anglosajona, frente a Italia se defendió la memoria histórica, rechazando los relatos románticos que pintaban en negro a los españoles y reivindicando a los Pinzones y sus compañeros. Una consecuencia de esta rivalidad fue la creación de una geografía memorialística (los lugares colombinos) que surgió en buena parte en contra de la visión romántica y religiosa de Colón. Esta apuesta onubense tendría una dimensión historiográfica que abordaremos a continuación, otra museística, con las exposiciones histórica-europea e histórico-americana, y otra político-social, gracias a los numerosos congresos realizados en Madrid, Sevilla y Huelva. Por último, la sustitución en el objetivo principal del Centenario del *descubrimiento* por el *descubridor* facilitó el acercamiento con el reino de Portugal, cuyos monarcas visitaron Madrid en el mes de noviembre. Nació así un acercamiento ibérico que se extendería durante varias décadas²⁰.

La Biblioteca Colombina

En este marco de rivalidad y reivindicación se desarrollarían los actos del IV Centenario, en cuya organización se pueden distinguir dos fases. La primera (1888-1891) se caracterizó por la ineficacia de la *Comisión del Centenario*, creada por Sagasta y presidida por el duque de Veragua. La segunda fase (1891-1893) está dominada por la figura de Antonio Cánovas del Castillo, quien contribuyó decisivamente a la celebración del Centenario, creando una *Junta* más reducida y eficaz que la primera Comisión de 1891. La dotación del gobierno se incrementó de las 600.000 pesetas del bienio 1889-1891 al cerca del millón y medio del año siguiente. Cánovas reorientó la conmemoración hacia temas culturales, principalmente en torno a las exposiciones y los congresos, y decidió que los principales actos se centrasen en la provincia de Huelva, para lo que envió a varios ministros en 1891 (con el fin de restaurar la Rábida, coordinar los festejos y erigir un monumento frente al monasterio), y él mismo tomó las riendas de los festejos días antes de la visita de la familia real a Andalucía, que sería el plato fuerte de las cele-

20 Bernabéu Albert, Salvador: "El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)", *Revista de Indias*, vol. XLIV, núm. 174, Madrid, 1984, pp. 345-366.

braciones²¹. Dentro de los antecedentes, hay que destacar la labor de la Sociedad Colombina Onubense²² y de la Unión Iberoamericana, cuyo director, Jesús Pando y Valle, fue un incondicional impulsor de la celebración²³.

La historiografía colombina en torno a 1892 es compleja. Lo primero que llama la atención es la gran cantidad de escritos dedicados al genovés, la diversidad de formatos (libros, folletos, artículos, notas, álbumes conmemorativos, esquelas, etcétera), la variedad de autores, procedentes de diferentes tradiciones nacionales, corrientes historiográficas y disciplinas, y, por último, la pluralidad de temas abordados, desde la cuna del Almirante a la morada de sus cenizas. ¿Cómo ordenar y organizar un territorio tan vasto como éste? El problema se complica si ampliamos nuestras pesquisas a los nuevos territorios abiertos por la historia cultural: estudio de las imágenes, de las leyendas de los monumentos, de los *colones* de las mercancías, de las representaciones teatrales y operísticas, de las marchas musicales y de los sonetos, de las visiones de los obreros, de los sacerdotes, de los nobles²⁴ o de los niños. En la *Guía Colombina*, editada en 1892 para informar al turista que visitaba Madrid, un joven de trece años llamado Ángel Arenas de Guzmán escribió:

“Los niños admiramos y queremos a Colón más que los hombres. Le admiramos por su colosal descubrimiento; y no hay admiración mayor que la del pequeñuelo a los gigantes. Le queremos por su apasionado querer a un pobre niño, a aquel niño que llevó en sus brazos al monasterio de la Rábida, que fue compañero de estudios y paje del príncipe D. Juan, que acompañó a su padre en su gloriosa *Odissea* por los ignorados senos del Atlántico, y que fue narrador e historiador de las conquistas y los sufrimientos, de las glorias y las amarguras del Almirante. Los niños admiramos y queremos a Colón, porque *el esperar un niño* contribuyó a detenerle en España, y a que no regalara a otra nación un Nuevo Mundo”²⁵.

21 Bernabéu Albert, Salvador: “El Viaje Real por Andalucía durante el otoño de 1892”, en *Andalucía y América en el siglo XIX*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1986, pp. 3-13.

22 La sociedad conmemoraba la salida de las naves, el 3 de agosto, con diversos festejos. La labor de esta importante institución está recogida en diversas memorias que se editaron regularmente desde su fundación.

23 Pando y Valle, Jesús: *El centenario del descubrimiento de América, con una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon*, Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid, 1892.

24 Conde de las Navas: *Homenaje a Cristóbal Colón ... por cuenta y costa ajena*, Manuel G. Hernández, Madrid, 1893.

25 *Guía Colombina aceptada oficialmente por la Junta del Centenario, publicada por Manuel Jarreto Paniagua e Isidoro Martínez Sanz*, Madrid, Imprenta de Enrique Rubiños, 1892, p. 16. He utili-

Efectivamente, los niños del noventa y dos quisieron mucho a Colón. Alentados por sus maestros y sus padres, los estudiantes protagonizaron buena parte de los desfiles y serenatas, desde Huelva a Santiago de Compostela. Lo que no está claro es que los infantes lo quisieran más que sus madres o tías. Un Colón perseguido, martirizado y heroico protagoniza los interminables versos que se repiten hasta la saciedad. Félix María de Urcullu y Zulueta firmó el siguiente poema titulado, como cabía esperar, “A Colón”: “No hay lira para cantar / ni laurel puede tañer / la gloria inmortal, sin par / de quien hizo esclavo el mar / de su colosal saber”²⁶. Con el mismo título, Manuel Soriano se despachó a gusto con la siguiente composición: “No nos tacharán de injustos / por lo que contigo hicimos. / Te matamos a disgustos / y ahora ... ¡Nos arrepentimos!”²⁷. Pocas son las voces discordantes en la lírica popular, y cuando las hay, solo se atreven a reivindicar la memoria de los Pinzones o a exaltar la gloria de los Reyes Católicos o de España.

La cultura popular apenas refleja los cambios y debates que se estaban realizando en los medios académicos. Los autores más leídos son los fundadores del Colón romántico o del Colón martirizado (Irving, Campe, Roselly de Lorgues, Mizzi, etcétera), quienes nutren los relatos de la mayoría de los articulistas y resúmenes mercantiles: lo que Menéndez Pidal llamaría la *vulgarización popular*²⁸. La fibra patriótica patrocinada por los políticos y algunos escritores no ensombrece el culto colombino, sino que le van a añadir nuevos héroes *ad hoc*: la reina Isabel, Martín Alonso Pinzón, fray Antonio de Marchena, etcétera. Pero este no será el único camino. Desde hacía años se estaba produciendo una revisión crítica de gran envergadura que daría, a la postre, las mejores obras del Centenario. Esta nueva corriente no es desconocida (incluso es escuchada y leída con aprecio), pero, a la hora de la verdad, apenas araña los textos canónicos, que siguen dominando las visiones generalistas del Almirante.

Un buen instrumento para aproximarnos a las visiones de Cristóbal Colón que se solapan en torno al noventa y dos en España es la *Bibliografía*

zado la edición facsimilar realizada por la Consejería de Economía de la Comunidad de Madrid en 1992. Otra obra –que no he podido consultar– es *Historia de Colón escrita e ilustrada por niños de nueve a once años*, Barcelona, 1892.

26 *Guía Colombina...*, p. 94.

27 *Guía Colombina...*, p. 93.

28 Menéndez y Pelayo, Marcelino: “De los historiadores de Colón...”, t. III, p. 56.

*Colombina. Enumeración de libros y documentos concernientes a Cristóbal Colón y sus viajes*²⁹. Obra encargada por la Junta directiva del IV Centenario (presidida por Cánovas) a la Real Academia de la Historia (que dirigía Cánovas), contiene 4.675 entradas de libros, folletos y documentos, divididos en ocho secciones: I. Documentos; II. Escritos de Cristóbal Colón y obras que tratan de ellos; III. Obras que tratan especialmente de Cristóbal Colón; IV. Obras impresas y manuscritas concernientes a la Historia de España y América, a la Historia Universal, a la Historia de la Geografía o de los Viajes y Descubrimientos que se refieren a Colón más o menos extensamente; V. Bibliografías, enciclopedias, diccionarios históricos, biográficos y geográficos; VI. Obras literarias inspiradas en asuntos de la vida de Cristóbal Colón; VII. Obras artísticas relativas a Cristóbal Colón; y VIII. Obras que tratan de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo o de los anteriores, con adición de las conocidas durante la impresión de este libro³⁰. En resumen, un laberinto que demuestra la complejidad y la inmadurez del colombinismo. En el prólogo se indica que no ha querido la Junta Directiva del Centenario que permaneciese en silencio nuestra Real Academia de la Historia: “guardadora de todas las tradiciones patrias, y obligada de un modo más especial en este caso como heredera del oficio de los antiguos cronistas de Indias”³¹, añadiendo que la premura con la que se confeccionó la recopilación de libros y la falta de recursos impidieron publicar una obra más completa. Casi se pedía perdón por el libro, quizás porque no estaba a la altura de las expectativas. La Real Academia realizó el ensayo bibliográfico en pocos meses y los resultados no fueron los que se esperaban de la máxima institución de carácter histórico de España, en especial si se compara con la *Raccolta Colombina*. Con todo, el ensayo patrocinado por la Real Academia no dejó de tener atractivo para los futuros biógrafos del Almirante, aunque solo fuera para introducirlos en el complejo mundo documental y bibliográfico español sobre el genovés.

A final de una centuria fundamental en la recreación literaria de Cristóbal Colón, los repertorios bibliográficos y las colecciones documentales se esti-

29 Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1892.

30 *Bibliografía Colombina. Enumeración de libros y documentos concernientes a Cristóbal Colón y sus viajes. Obra que publica la Real Academia de la Historia por encargo de la Junta Directiva del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América*, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1892, 683 páginas.

31 *Bibliografía Colombina...*, p. V.

maron como nunca antes. Seguían teniendo gran validez para el estudio de la época de los descubrimientos los títulos incluidos en el *Epítome de la biblioteca oriental y occidental, náutica y geográfica* (1738) de Antonio de León Pinelo³², con las adiciones de Andrés González de Barcia, y la *Biblioteca Americana Vetustísima* de Henry Harrisse³³, con sus posteriores añadidos sobre los libros editados entre 1492 y 1551. En España, tanto la *Colección de documentos inéditos de Indias*³⁴ como la *Colección de Viajes y Descubrimientos* de Martín Fernández de Navarrete fueron calificadas de *tesoros* por Marcelino Menéndez y Pelayo. Esta última abrió un “nuevo período” en el colombinismo, como lo demuestra lo mucho que lo consultaron tanto escritores españoles como extranjeros (Prescott, Irving, Asensio, Fernández Duro, etcétera).

Aunque la obra de Fernández de Navarrete no fue superada en conjunto, sí fue completada con otros documentos que permanecían inéditos y que se dieron a la prensa por primera vez en obras como el *Monumento a Colón*, editado en Barcelona en 1878³⁵, el *Códice diplomático colombo-americano*, al cuidado de P. Spotorno³⁶, el *Códice diplomático americano de Cristóbal Colón*³⁷, el volumen XIX del *Boletín de la Real Academia de la Historia*, dedicado a la actuación en Indias de fray Bernardo Boil, la *Colección de Documentos inéditos de Indias*³⁸, la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, el *Boletín histórico* y las *Cartas de Indias*. Otros

32 Antonio de León Pinelo (ca. 1590-1660). Existe una edición facsímil, con introducción de Horacio Capel, en Universitat de Barcelona, Barcelona, 1982.

33 Harrisse, Henry: *Bibliotheca Americana Vetustissima. A Description of Works Relating to America, Published Between the Years 1492 and 1551*, G. P. Philes, New York, 1866, 519 pp.

34 Principalmente los volúmenes II, XIX, XXX, XXXVI y XXXVIII.

35 En realidad se trata de la obra de Roselly de Lorgues: *Monumento a Colón. Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, escrita en francés por el Conde ...*, Imprenta de Espasa hermanos, Barcelona, 1878, 3 tomos. La obra fue traducida por Peregrín Casabó y anotada y publicada bajo la dirección del sacerdote Ramón Buldú. Los documentos se encuentran en el tercer volumen.

36 El título completo es: *Códice diplomático colombo-americano ossia Raccolta di Documenti originali e inediti, spettanti a Christoforo Colombo alla scoperta ed al Governo dell'America. Publicato per ordine de gl'Ill.mi Decurioni della Città di Genova*, Génova, 1823, en 4.º; reedición por Giuseppe Banchemo, Génova, 1857.

37 *Códice diplomático americano de Cristóbal Colón. Colección de cartas de privilegios, cédulas y otras escrituras del gran descubridor del Nuevo Mundo, almirante mayor del mar océano, virrey y gobernador de las islas y tierra firme de las Indias*, Imp. y Librería El Iris, La Habana, 1867.

38 El volumen XIX publicó, por ejemplo, las cuentas de Santangel, y el XXXVIII la relación de cantidades dadas de orden de los Reyes Católicos a Colón antes y al tiempo de su primer viaje.

documentos de gran interés se podían encontrar también en los libros del norteamericano Henry Harrisse³⁹ y en la biografía monumental de José María Asensio: *Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos*⁴⁰. Especialmente para el IV Centenario se editaron los *Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba*⁴¹, los *Autógrafos de Cristóbal Colón y Papeles de América*, donde se publicaron dieciséis documentos colombinos y otros dieciocho referentes a sus hijos Diego y Hernando⁴², y las *Curiosidades bibliográficas y documentos inéditos. Homenaje del Archivo Hispalense al cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo*, editado en Sevilla en 1892. Junto a las ediciones en papel, también hay que destacar las primeras exposiciones públicas de documentos, como la inaugurada en 1881 con motivo del IVº Congreso Americanista. En ella se exhibieron documentos colombinos procedentes del Archivo de Indias y del archivo del Duque de Veragua, como el título de Almirante⁴³. En 1892, dentro de la Exposición Histórico-Europea, también volvieron a exponerse varios documentos colombinos procedentes del Archivo de Indias y de otros archivos privados. Este acercamiento del escrito original a un público general contribuyó a difundir la historia de los descubrimientos entre los no especialistas⁴⁴.

La revalorización de los testimonios documentales como únicos depositarios de la verdad histórica fue una de las principales máximas de la escuela positivista, en plena expansión en los años anteriores al Centenario. Para sus partidarios, solo tenía validez y estimación lo que estaba acreditado y respal-

39 Las obras más importantes de Henry Harrisse, fueron la *Bibliotheca Americana Vetustissima*, y la biografía *Christophe Colomb, son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants, d'après des documents inédits tirés des archives de Gènes, de Savone, de Seville, de Madrid. Études d'histoire critique*, E. Leroux, Paris, 1884, 2 tomos.

40 La obra de Asensio, de dos tomos, está ilustrada con magníficas oleografías, copias de famosos cuadros de artistas españoles como Balaca, Cano, Jover, Madrazo, Muñoz Degrain, Ortego, Puebla, Rosales y Soler. Además se enriquecían las hojas con orlas, cabeceras y viñetas alegóricas.

41 Entre los documentos publicados se encuentran varios libramientos de Cristóbal Colón.

42 En 1902, la duquesa de Alba editaría un nuevo volumen de documentos de su archivo: *Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y Relaciones de Ultramar*. La moderna catalogación de estos documentos fue realizada por Leoncio López-Ocón y Paloma Calle bajo la dirección de Francisco de Solano en *Papeles de América en el Archivo Ducal de Alba*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991.

43 *Congreso internacional de Americanistas. Madrid, 1881. Lista de los objetos que comprende la Exposición americanista*, Imp. de M. Romero, Madrid, 1881.

44 *Catálogo de los Documentos Históricos de Indias presentados por la Nación española a la Exposición Histórico-Americana*, Fortanet, Madrid, 1892.

dado por una o varias pruebas documentales, por lo que se multiplicaron las búsquedas en los archivos y bibliotecas públicas y privadas en busca de testimonios del paso de Colón por nuestro país y de la documentación generada por sus actuaciones en Indias. La *Bibliografía Colombina*, además de reseñar los documentos ya editados a lo largo de la centuria, incorporó varias referencias de documentos inéditos: 509 correspondían a los pleitos colombinos (que fueron editados en dos tomos en 1892 y 1894⁴⁵) y otros 369 se encontraron en las diferentes colecciones que custodiaba la Real Academia de la Historia (principalmente las colecciones Muñoz, Vargas Ponce y Salazar), los fondos de la Biblioteca del Rey (tomo titulado *Casa de Medina Sidonia*), el Archivo General de Indias, el archivo del Ayuntamiento de Sevilla y el archivo del Ayuntamiento de La Palma (Huelva). En estos dos últimos repertorios la búsqueda fue encargada a Francisco J. Delgado por comisión de la Real Academia de la Historia. Dentro de los inéditos se hallaban documentos tan importantes como las: “Partidas de pago a las viudas y herederos de los individuos que murieron en las Indias en el número de los treinta y siete que dejó D. Cristóbal Colón en la Española al hacer su descubrimiento, y de los que se hizo nómina”, y el “Despacho, asientos, cuentas de las cuatro carabelas armadas por Juanoto Berardi”, cuyos cálculos realizó Americo Vespuchi⁴⁶.

Llama la atención las pocas referencias colombinas anteriores a 1492: sólo cinco entradas, y las correspondientes al mítico año del descubrimiento: quince. Esta escasez documental avivó el interés de los investigadores por encontrar nuevos testimonios sobre las andanzas y aventuras de don Cristóbal antes de embarcarse en el puerto de Palos el 3 de agosto de 1492. Hay un gran optimismo entre los escritores de la época; creen que pronto se resolverán los enigmas colombinos gracias a inminentes hallazgos en los archivos y bibliotecas. Durante el centenario se multiplicaron los artículos, folletos y ponencias sobre aspectos y temas concretos con el fin de dar a conocer los hallazgos en un tiempo récord. Los pasajes y aspectos de la vida de Colón que tenían más nieblas y contradicciones eran: patria, familia, estudios, retrato, trajes, escudos de armas, escritura y firmas, casas en que habitó, puntos

45 *De los pleitos de Colón*, 2 vols., introducción de Cesáreo Fernández Duro, Tipografía Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1892 y 1984.

46 *Bibliografía Colombina...*, p. 42. Sobre las recopilaciones colombinas, véase Ramón Ezquerro Abadía: “Las principales colecciones documentales colombinas”, *Revista de Indias*, vol. XLVIII, núm. 184, Madrid, 1988, pp. 661-693.

que tocó en sus viajes, paradero de sus restos mortales y tentativas para su beatificación. Características de esta época son la fragmentación del colombinismo, el nacimiento de especialistas en los aspectos más nimios, la llegada de investigadores de otros campos y épocas históricas, y la complejidad narrativa y metodológica. El presidente del Ateneo de Barcelona, José Yxart y Moragas, señaló en la presentación de un tomo donde se recogían varias conferencias pronunciadas en la institución condal:

“La lista, sólo la lista de obras de estos últimos años sobre la bibliografía colombina y el descubrimiento, es hoy interminable: un verdadero catálogo de inmensa biblioteca. Con sólo pasar los ojos por él, ocurre esta paradoja: ha llegado a ser más interesante que el mismo hecho histórico que se celebra y discute, el modo y forma de celebrarlo a fines de nuestro siglo, el carácter que ha tomado el pensamiento y estado de la sociedad actual con ocasión, mejor dicho, con pretexto del Centenario. Entre tantos hechos como podrían citarse, indicaré aquí uno sólo, innegable, ocurrido en todas partes con los mismos caracteres: la profunda, la radical división entre los hombres en el modo de apreciar el valor del descubrimiento y la persona del descubridor”⁴⁷.

Gracias a la amplitud de intereses e interesados, se multiplicaron las pesquisas en diversas ciudades de España tanto en los repertorios públicos como privados⁴⁸, y se propagó un gran revisionismo crítico no siempre bien recibido. José María Asensio, autor de la biografía más importante del siglo, editada en 1874, confesó: “Bulle actualmente en el terreno de las ciencias una tendencia al escepticismo, una especie de desconfiada imparcialidad, que mueve a distinguidos autores a dudar de lo que está claramente averiguado por el testimonio más fidedigno, ocupándose en acumular indicios, sospechas, leves vislumbres para no presentar como pruebas plenas los datos más concluyentes. Resultado funesto de tal inconsiderada desconfianza es que vuelvan a ponerse en discusión hechos por demás comprobados, y no pueda asentarse en firme la planta sobre ningún punto de la historia”⁴⁹.

47 Conferencias leídas en el Ateneo de Barcelona sobre el Estado de la Cultura Española y particularmente la catalana en el siglo XV, Hénrich, Barcelona, 1893, pp. 10-11.

48 Como se señala en el prólogo de la *Biblioteca Colombina*, “en materia tan repetidamente estudiada el hallazgo de cualquier papel que nos dé razón de algún detalle ignorado, debe tenerse por venturoso y señalarse con piedra blanca” (*Biblioteca Colombina...*, p. VII).

49 Asensio se refiere, por ejemplo, a la cuna del Almirante, que cree que está suficientemente demostrada a favor de Génova. Asensio, José María: *Cristóbal Colón, su vida...*, p. LIII.

Para contrarrestar esta sensación de fractura se acude a las reediciones de biografías claves, empezando por la primera y más influyente: la *Historia del almirante don Cristóbal Colón*, de su hijo Hernando, que se editó en la *Colección de libros españoles raros o curiosos que tratan de América*, quizás la colección más importante desde el punto de vista historiográfico del IV Centenario⁵⁰. Otro libro fundamental en la memoria colombina fue la *Historia de las Indias. Escrita por Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, ahora por primera vez dada a luz por el Marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón* (Madrid, 1875-1876, 4 vols.), que se editó en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. Esta obra del padre Las Casas contenía noticias fundamentales sobre la vida del Almirante, aunque el excesivo amor del dominico por el genovés le hizo caer en ciertos errores y olvidos, que no solía tener con otros contemporáneos que pasaron a Indias. Junto a estos libros fundamentales habría que recordar la obra de Alejandro von Humboldt, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América. Historia de la geografía del Nuevo Continente y de los progresos de la astronomía náutica de los siglos XV y XVI* (2 tomos, Madrid, Biblioteca Clásica, 1892), amplia, documentada, medida en sus afirmaciones y llena de sabiduría.

Pero volvamos a la *Bibliografía Colombina*, obra que los propios autores calificaron de *conato* y de *índice un tanto razonado* más que de bibliografía completa⁵¹. Su principal objetivo era incluir todos los libros fundamentales y positivamente útiles acerca de Colón y, de entre los de segunda mano, los “más dignos de estimación o más afamados”⁵². La Academia confiesa que se daría por satisfecha si estos materiales sirvieran para “suscitar una nueva biografía de Colón adecuada al estilo y crítica de los tiempos presentes”, lo que equivalía a declarar que ninguna de las que estaban editadas en aquel

50 Madrid, Pedro Viudel, editor, 1892, 2 tomos. La biografía de Hernando Colón se editó en castellano por primera vez en 1749. Otros títulos de la colección fueron *De las antiguas gentes del Perú*, de fray Bartolomé de Las Casas, la *Relación de la conquista del Perú*, de Francisco de Jerez, el *Nuevo descubrimiento del gran río de la Amazonas*, de Cristóbal de Acuña, y el *Origen de los indios*, de Diego Andrés Rocha. Sobre el hijo bastardo del Almirante, Henry Harrisse había publicado *D. Fernando Colón, historiador de su padre*, Rafael Tarascó, Sevilla, 1871, donde dudaba de que fuera el autor verdadero.

51 La *Bibliografía Colombina* apenas pudo competir con la *Biblioteca Americana* de Leclerc, el catálogo de Russell Bartlett y el *Dictionary of Books relating to America, from its discovery to the present time*, de José Sabin, del que ya se habían publicado XIX volúmenes (con 78.673 referencias).

52 *Bibliografía colombina...*, p. VII.

momento era totalmente satisfactoria⁵³. Con todo, los títulos que existían en el mercado eran capaces de llenar una mediana biblioteca y, al llegar 1892 –como ya he señalado–, la fiebre colombinista provocó un aluvión de nuevos títulos entre monografías, edición de documentos, crónicas, reediciones, álbumes conmemorativos, opúsculos, etcétera, que trataré de ordenar en sus principales corrientes temáticas y metodológicas en los siguientes apartados.

La leyenda colombina

Detrás de esta perspectiva encontramos una larga lista de obras, principalmente poemas y novelas o biografías anoveladas, de acuñación romántica, que van a recrear un Cristóbal Colón heroico y caballeresco, siguiendo la tradición del siglo XVIII, pero que ahora no escatima pábulos de la más refinada fantasía. Los errores y las inexactitudes históricas se multiplican en aras de agradar y sorprender. Las grandezas de Colón se dibujan sobre el oscurantismo de la España y los españoles del último cuarto del siglo XV y, si alguno son redimidos por ayudar al *genovés de la capa raída*, la mayoría de personajes que se relacionan con él son necios, petulantes, envidiosos, ciegos e ignorantes ante la trascendental empresa que traía al *elegido* Cristóbal a España. Las más importantes de estas obras son la *Historia del descubrimiento y conquista de América*, del alemán Joaquín Enrique Campe⁵⁴ (Madrid, La España Moderna, 1892), y la *Biografía de Cristóbal Colón* de Alfonso María de Lamartine⁵⁵ (Madrid, Imprenta La España Forense, 1992). Esta última contiene varios errores comunes en la época, como los estudios en Pavía o el casamiento con Beatriz Henríquez, e interpretaciones románticas y emocionadas, como la escena del desembarco en la primera isla avistada en el océano:

“Besó la arena y con el rostro pegado a ella vertió abundante llanto. Eran lágrimas de doble sentido y de doble augurio, que humedecían por primera vez la arcilla de aquel hemisferio visitado por hombres de la vieja Europa; lágrimas de

53 *Bibliografía colombina...*, p. VIII.

54 Existe una temprana edición en La Habana: *El descubrimiento de América por Cristóbal Colón. Libro de instrucción y entretenimiento para la juventud* (1811).

55 De la obra de Alfonso María de Prat de Lamartine (Mâcon, 1790-París, 1869) se hicieron al menos cinco ediciones en castellano anteriores a la de 1892: París, 1865; París, 1864; Madrid, 1867; Madrid, 1876; y Madrid, 1885.

alegría para Colón que rebosaban de un corazón piadoso y hondamente agradecido; lágrimas de duelo para aquel mundo virgen que presagiaban las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que aquellos extranjeros le traían con su orgullo, su ciencia y su espíritu de dominio. El hombre vertía lágrimas; la tierra debía llorar”⁵⁶.

Menéndez Pidal calificó la biografía del poeta romántico francés de “literatura industrial y sin gloria”. Su elegancia, refinamiento en las emociones y melancolía romántica ya no tenían tantos seguidores en la España finisecular, aunque la firma del famoso autor de las *Meditaciones poéticas* (1820) o de la *Historia de los Girondinos* (1847) era una apuesta segura para los editores. En cambio, el sabio santanderino proclamó su admiración por la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón*, del norteamericano Washington Irving⁵⁷, que fue calificada por Menéndez Pelayo como la mejor biografía del Almirante tomada en conjunto. El escritor norteamericano unió a una buena prosa la investigación en archivos y el consejo de uno de los grandes colombinistas de todo los tiempos: Fernández de Navarrete. Inspirado en Irving, encontramos el largo poema de Ramón de Campoamor, *Colón. Poema* (1853)⁵⁸, que tuvo una larga lista de seguidores: cientos de versos que popularizaron y prolongaron la visión romántica e idealizada del Almirante en las últimas décadas del siglo⁵⁹. Los historiadores coincidían en acusar a Hernando Colón de ser el origen de esta leyenda: “Con este libro –indicaba Menéndez y Pelayo– comenzó a formarse lo que ahora llaman la leyenda colombina y por eso es el principal baluarte de los que la defienden,

56 Lamartine, Alfonso María de: *Biografía de Cristóbal Colón*, Imprenta La España Forense, Madrid, 1992, pp. 88-89.

57 Madrid, Librería de Miguel Guijarro, 1892, 4 tomos. La primera edición de Irving en inglés fue de 1828 y en castellano de 1833. Sobre los aciertos, errores y ediciones de Irving, véase Francisco Morales Padrón, “El descubrimiento de América según Washington Irving”, *Boletín de la Universidad de Granada*, Granada, 1960, pp. 55-86; y Varela, Consuelo: “La primera biografía de Cristóbal Colón”, en Garnica, Antonio (ed.): *Washington Irving en Andalucía*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2004, pp. 121-146.

58 Valencia, J. Ferrer de Orga, 1853, 244 páginas. Al final de los versos llevaba un extracto de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo de Washington Irving. Se publicó en Madrid, por Luis García, en 1859, y nuevamente en 1882 y 1884. Actualmente contamos con una edición asequible en Pando, José Luis de: *Colón y Campoamor*, Autor, Madrid, 1987

59 A modo de ejemplo, enumeraría el *Álbum dedicado a Cristóbal Colón por los estudiantes de la Universidad de Salamanca*, Telesforo Oliva, Salamanca, 1866; García Escobar, Ventura: *Romancero de Colón*, Labajos, Madrid, 1866, y los poemas contenidos en Coll, Fray José: *Colón y la Rábida*, segunda edición aumentada y corregida, Imprenta y litografía de los Huérfanos, Madrid, 1892.

así como el principal blanco de los tiros de los que la atacan. Notorio es, sin embargo, que la tal leyenda ha sido pródigamente enriquecida por la imaginación de los panegiristas posteriores, y así no hay rastro, por ejemplo, en el libro de D. Fernando, del supuesto matrimonio clandestino del Almirante con Beatriz Enríquez ...”⁶⁰.

A nivel regional, el mayor esfuerzo colombinista se realizó en la provincia de Huelva tras la restauración del convento de La Rábida el 15 de abril de 1855⁶¹ y la fundación de la Sociedad Colombina Onubense (1880), institución que fomentó la investigación de los temas colombinos y la recuperación de los sitios relacionados con el Descubrimiento. Anualmente convocaba varios concursos literarios para conmemorar la salida de las naves el 3 de agosto de 1492, cuyos ganadores se daban a conocer en diversas publicaciones y memorias. Buena parte de los poemas y ensayos muestran la filiación con la leyenda romántica, hasta que Fernández Duro, en 1891, inauguró una nueva fase con investigaciones cercanas a la escuela positivista, teniendo como principal finalidad la reivindicación de la figura de Martín Alonso Pinzón en la gestación y desarrollo del viaje del descubrimiento. Un ameno libro sobre el monasterio se debe al quisquilloso fray José Coll, *Colón y La Rábida*⁶², donde se incluyen datos muy interesantes sobre el convento franciscano y el cercano Palos de la Frontera.

Colón entre velas e inciensos

Roselly de Lorgues, conde por concesión romana, fue el principal promotor de la santidad de Cristóbal Colón. En su juventud había publicado algunas obras del más exaltado misticismo: *El Cristo ante el siglo* (1835), *De la muerte antes del hombre y el pecado original* (1841), y *De la mujer y de la serpiente* (1845). Pero no fue hasta la publicación de *La croix dans les deux mondes*, en 1845, cuando proclamó la santidad de Cristóbal Colón, tesis que desarrollaría más ampliamente en *Christophe Colon. Histoire de sa vie*

60 Menéndez y Pelayo, Marcelino: “De los historiadores de Colón”, *El Centenario...*, t. II, p. 454.

61 Alonso y Castillo, Mariano: *Convento de la Rábida, se inaugura su reedificación parcial; apuntes pertenecientes a la historia de tan célebre monumento*, Reyes y Moreno, Huelva, 1855; y Paliza, Evaristo de la y Pérez, José P.: *La Rábida y Cristóbal Colón. Resumen histórico de la vida de Cristóbal Colón*, imp. de D. José Reyes y Moreno, Huelva, 1855.

62 2.ª edición, corregida y aumentada, Madrid, Imprenta y Litografía de los Huérfanos, 1892.

et de ses voyages d'après des documents authentiques tirés d'Espagne et d'Italie (1856), obra ricamente ilustrada, que obtuvo gran repercusión en Francia, Italia y España. Según Roselly, Colón procedió en su empresa auxiliado por la Santa Sede y sostenido por el clero, teniendo como exclusivo norte de su empresa la difusión y predicación del Evangelio.

En torno suyo se creó un poderoso e influyente grupo, siendo apoyado por escritores como León Bloy, autor de *Le revelateur du globe. Christophe Colomb et se beatification future* (Paris, 1884), y Gaultier de Claubry, amén de notables cargos eclesiásticos, entre los que cabe destacar al cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, y a monseñor Andrea Charvaz, arzobispo de Génova. El cardenal rogó a Pío IX que la causa fuese presentada a la congregación de ritos, alegando que el viaje del Papa a América en 1923, siendo canónigo, había dado origen a la rehabilitación del Almirante. La petición, firmada en Marsella el 2 de julio de 1866, fue publicada en castellano. Tres años después, con motivo del Concilio Vaticano I, Roselly de Lorgues envió a los Padres allí reunidos un nuevo requerimiento de canonización: *Aux Pères du Concile Oecumenique que l'historien de Christophe Colomb* (Gènes, 1870), al que siguieron nuevas obras propagandísticas donde el tono agresivo fue en aumento: *Satan contre Christophe Colomb ou la pretendue chute du serviteur de Dieu* (Paris, 1876), *Les deux cercueils de Christophe Colomb* (Paris, 1882), *Christophe Colomb. Serviteur de Dieu, son Apostolat, sa Santité* (Paris, 1884) e *Histoire Posthume de Christophe Colomb* (Paris, 1885).

A pesar de las resoluciones negativas de la Congregación de Ritos en octubre de 1877, el proyecto de santidad de Colón contó con la importante colaboración de José Baldi, autor de *La glorificazione del genio cattólico*, quien entregó a León XIII un álbum con 466 adhesiones episcopales, que aumentaron a 627 en 1885. Sobre el proceso de beatificación, el escritor cubano Alejo Carpentier escribió una magnífica novela, titulada *El arpa y la sombra*, donde señala el principal objetivo de Pío IX para iniciar la causa:

“Lo ideal, lo perfecto, para compactar la fe cristiana en el viejo y nuevo mundo, hallándose en ello un antídoto contra las venenosas ideas filosóficas que demasiados adeptos tenían en América, sería un santo de ecuménico culto, un santo de renombre ilimitado, un santo de una envergadura planetaria, incontrovertible, tan enorme que, mucho más gigante que el legendario Coloso de Rodas, tuviese

un pie asentado en esta orilla del Continente y el otro en los finisterres europeos, abarcando con la mirada, por sobre el Atlántico, la extensión de ambos hemisferios. Un San Cristóbal, Christophoros, Porteador de Cristo, conocido por todos, admirado por los pueblos, universal en sus obras, universal en su prestigio. Y, de repente, como alumbrado por una iluminación interior, pensó Mastai en el Gran Almirante de Fernando e Isabel⁶³.

Los postulados de Roselly (san Cristóbal Colón) tuvieron amplia repercusión en España. Algunos ejemplos son la extensa obra de Bernabé Demaría, *Colón. Poema histórico*, ilustrado por José Pascó y Fernando Sumetra (Barcelona, Ramón Espasa y C^a, 1887), el *Discurso sobre la influencia del espíritu cristiano en el ánimo de Colón* (Sevilla, Imp. E. Rasco, 1893), de Francisco Rubio Contreras, y *Cristóbal Colón. El héroe del Cristianismo. Leyenda Histórica* (Huelva, Imprenta de la Viuda e hijos de Muñoz, 1885), de Baldomero Lorenzo y Leal⁶⁴. Coincidiendo con el IV Centenario se tradujo del italiano y se publicó la obra de Michelangelo María Mizzi, *Cristóbal Colón, misionero, navegante y apóstol de la fe* (Barcelona, Librería Salesianos, 1892), con cuyos postulados, seguidores de Roselly, comulgó gran parte de la Iglesia española, como lo demuestran los artículos y discursos firmados por frailes y sacerdotes⁶⁵ y las ponencias presentadas en el concurrido Congreso Católico⁶⁶. No obstante, no faltaron posturas disidentes, o por lo menos críticas hacia su santidad, y es que el nacionalismo ascendente no toleraba que los españoles fuesen los verdugos y promotores de la palma del martirio. El franciscano Coll, en su citada obra *Colón y la Rábida*, aseguraba a los católicos:

“¡Mucho! ¡Como si en la corte pontificia se comulgara con ruedas de molino! ... Sábese muy bien en aquella metrópoli del catolicismo, mejor quizá que en

63 Carpentier, Alejo: *El arpa y la sombra*, Alianza Editorial, Madrid, 2003 (1.^a edición, 1998), p. 43.

64 Este mismo autor publicó en el IV Centenario *Cristóbal Colón y Alonso Sánchez*, Imp. de El Guadalete, Jerez, 1892.

65 Un ejemplo de esta literatura es el colectivo, *Propaganda Católica. Cristóbal Colón. Cuarto centenario del descubrimiento de América (1492-1892)*, Tipografía Católica, Barcelona, 1892.

66 En la red (www.filosofia.org) se puede consultar la *Crónica del tercer Congreso Católico Nacional Español. Discursos pronunciados en las sesiones públicas y reseña de las memorias y trabajos presentados en las secciones de dicha Asamblea celebrada en Sevilla en Octubre de 1892*, Est. Tip. de El Obrero de Nazaret, de C. de Torres y Daza, Sevilla, 1893.

España, que la semblanza de aquel héroe tiene dos aspectos: como descubridor no tiene par y en este concepto podemos decir que se ajusta bien a su talla, todas le vienen cortas; pero en calidad de virrey, como por lo visto no le tenía Dios destinado para gobernar dilatados reinos, no siempre mereció plácemes y loores, ¡ay! no. Esto consta perfectamente en Roma, y ello es muy bastante para que no se dé un paso en lo tocante a la soñada beatificación”⁶⁷.

A pesar de ello, en 1892 la santidad de Colón tomó nuevo vuelo con la encíclica que el papa León XIII dirigió a los arzobispos y obispos de España, Italia y América. En ella se afirmaba que el principal móvil que impulsó al gran navegante a explorar el mar tenebroso fue la fe católica y que, en consecuencia: “Con el objeto de celebrar dignamente y de una manera apropiada a la verdad de los hechos el solemne cuarto centenario de Colón, lo sagrado de la religión debe unirse al esplendor de la pompa civil”.

La leyenda adversa

Al acercarse el IV Centenario, un notable grupo de historiadores e intelectuales se propuso desnudar a Cristóbal Colón de todas sus virtudes, y al descubrimiento de cualquier consecuencia positiva. Esta corriente historiográfica revisionista y crítica tuvo como principal meta el rebajar los méritos del Almirante y la trascendencia de su obra. El norteamericano Aaron Goodrich, autor de *A History of the Character and Achievements of the So-Called Christopher Columbus* (New Cork, D. Appleton and Company, 1879), señalaba que: “Desde la primera carta triunfal preparó el Almirante de las Indias la felicidad de los súbditos agregados a la corona de Castilla, anunciando que podrían sacarse de las islas cuantos esclavos se quisieran; inventó luego el canibalismo por remachar las cadenas; dio a luz las montañas de falsedades que para personas y cosas tenía oculta en el alma; descubrió la avaricia, la crueldad, inepticia, orgullo, insensatez que obligaron a desposeerle del mando ...”⁶⁸. Otro ejemplo de esta corriente la encontramos en la norteamer-

67 Coll, Fr. José: *Colón y la Rábida*, Imp. de A. Pérez Dubry, Madrid, 1891. Véase también Vidart, Luis: *Colón y Bobadilla*, Rivadeneyra, Madrid, 1892.

68 Un repaso de estas obras en Pardo Bazán, Emilio: “El descubrimiento de América en las letras españolas”, en *Nuevo Teatro Crítico*, Año II, n.º 20, Madrid, agosto de 1892, p. 75. La consulta de esta revista en www.cervantesvirtual.com.

ricana María A. Brown, autora de la diatriba *The Icelandic Discoveres of America or Honor to Whom Honor Is Due* (1888), quien defendió la primacía de los islandeses en el Descubrimiento de América y calificó al Almirante de infame, aventurero, usurpador, pirata traficante de carne humana e introduccion del nefasto catolicismo. Estos autores eran protestantes, aunque esta condicion no obligaba a denigrar a Colón, como demuestran Prescott, Washington Irving o la más ecuánime Justin Wilson, que presentó un Colón con defectos y virtudes en: *Christopher Columbus and How He Received and Imparted the Spirit of Discovery* (Boston, Houston, Mifflin and Company, 1892). Tampoco faltan en los Estados Unidos muestras de admiración a Colón, reivindicado por la emigración italiana, los colectivos hispanos y la memoria histórica nacional, que había incorporado al Descubridor como uno de sus héroes. No fue casualidad que distintos episodios de la vida del genovés decorasen las puertas de bronce del Capitolio de Washington o que Chicago organizase en su honor la gran Exposición Universal de 1893.

Colón y la escuela realista

La *escuela realista*, de clara inspiración positivista y nacionalista, nació como reacción mecánica a las exageraciones legendarias y poéticas contenidas en gran parte de la historiografía colombinista del siglo XIX. Sus seguidores se propusieron el restablecimiento de la verdad histórica mediante el examen riguroso de todos los datos e hipótesis que se utilizasen en la biografía del Almirante. Estos historiadores detectivescos escudriñaron todos los datos que pudieron y desterraron los que no pasaron la prueba. El gran inspirador *realista* fue el escritor y marino Cesáreo Fernández Duro, cuya labor fue calificada por Emilia Pardo Bazán de: “abundosa, concienzuda, notabilísima, honrosa para nuestra patria, y uno de los títulos que podríamos alegar si los extranjeros, con visos de razón, nos acusasen de negligentes en la investigación de nuestro grande e histórico pasado”⁶⁹. En sucesivas publi-

69 Nacido en Zamora en 1830, Fernández Duro se educó en su ciudad natal y en Madrid antes de ingresar en el Colegio Naval de San Fernando (Cádiz) el año 1845, obteniendo tres años más tarde la plaza de guardiamarina. Sus primeros destinos fueron Filipinas, donde luchó contra los piratas de la isla de Joló, y la Comisión Hidrográfica de Canarias. En 1859 ascendió a teniente de navío y, tras varios servicios en el Mediterráneo, fue nombrado primer secretario de la Comandancia General del Apostadero de La Habana, participando en la expedición contra México. Posteriormente pasó a España, ejerciendo diversos cargos administrativos, y a Cuba, acompañando al capitán general Caballero de Rodas. Durante su per-

caciones, con los títulos de *Colón y Pinzón* (Madrid, Tello, 1883), *Colón y la historia póstuma* (Madrid, Tello, 1885), *Tradiciones infundadas* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1888), *Nebulosa de Colón, según observaciones hechas en ambos mundos* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1890) y *Pinzón en el descubrimiento de las Indias* (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892), junto a cientos de artículos y conferencias, Fernández Duro insistió en erradicar las falsedades de la biografía colombina, analizando la llamada *etapa primitiva del descubrimiento*, esto es, los preparativos del primer viaje, valorando la participación de Fernando el Católico y otros nobles de la corte, las relaciones entre el Almirante y los Pinzones y, en definitiva, tratando de reconstruir el contexto histórico en el que se desarrolló la empresa del descubrimiento.

En su ardua cruzada, Fernández Duro recibió muchas censuras⁷⁰, pero también numerosas adhesiones, como, por ejemplo, de Marcelino Menéndez Pelayo, Rafael Altamira, Luis Vidart, Miguel Mir, Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, Jiménez de la Espada, Cánovas del Castillo, Justo Zaragoza, etcétera. Todos ellos reclamaron la celebración de un *Centenario del Descubrimiento de América*, entendiendo por tal, no un hecho geográfico y puntual, sino una empresa nacional de honda repercusión en la Historia Universal, en la cual estaría integrado el primer viaje colombino como *llave* del camino, y situaría la gloria de Colón en relación con el resto de impulsores de su genial iniciativa⁷¹. Fernández Duro, que se había retirado del servicio activo de la

manencia en la isla antillana fue elegido correspondiente de la Academia de la Historia y a su regreso a la península fue nombrado comisario español de la Exposición Universal de Viena. En 1875, Fernández Duro fue ascendido a capitán de navío y dos años más tarde formó parte de la comisión encargada de recorrer el territorio de la costa oeste de Marruecos. Sus trabajos profesionales no le impidieron ejercer su gran pasión: la investigación en los archivos. En 1883, don Cesáreo fue secretario general del IV Congreso Internacional de Americanistas y designado vocal de la Junta Consultiva del Instituto Geográfico y Estadístico. El marino historiador se retiró del servicio activo en 1888, dedicándose plenamente a las labores de escritor y conferenciante. En 1809 ingresó en la Real Academia de Bellas Artes y a su muerte, en 1908, era secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia y presidente de la Real Sociedad Geográfica.

70 Gayangos, Julián de: "Carta que escribe Colón, el Almirante, a su amigo afectuoso, conferenciante", *La Correspondencia de España*, Madrid, 16 de enero de 1892. Otra censura, en sátira, está firmada por Palacio, Manuel del: "En defensa de un ausente", *El Imparcial*, Madrid, 11 de abril de 1892. Termina con los versos: "Fundado en esta opinión / un libro tiene entre manos, / donde explica Gedeón / cómo los americanos / descubrieron a Colón".

71 Por sus cargos culturales y políticos, la personalidad más importante es Antonio Cánovas del Castillo, quien escribió, entre otros trabajos, el *Criterio histórico con que las distintas personas que en el*

Armada en 1890 y dedicaba su tiempo desde entonces exclusivamente a la investigación y a la escritura, señaló en: “¿Es el Centenario de Colón?”, artículo aparecido en la *Revista Contemporánea*, que España habrá de enaltecer primero a España por aceptar la gran empresa: “a los Reyes Católicos, representantes de su unidad, árbitros de la iniciación del viaje, a los monjes de la Rábida y los magnates que elevaron hasta las gradas del trono el extranjero de la capa raída, zaherido de loco; a los marineros de Palos que pusieron en sus naves vidas e intereses”⁷².

La cita permite observar la distinción que se realiza entre *descubrimiento* y *descubridor*. A partir de 1892, coexisten el Descubrimiento como empresa de Colón y el Descubrimiento como empresa de España. Lo cierto es que no se trata de algo novedoso, pero ahora adquiere actualidad en medio del calor de la polémica. La nueva idea del Descubrimiento contiene un encumbramiento desde una dimensión personal a otra nacional, que hay que relacionar con la rehabilitación del siglo XVI a partir de las obras de Modesto Lafuente y Menéndez Pelayo, y con el creciente nacionalismo que alimentó el afán secular de desterrar la leyenda negra; circunstancias éstas que van a dotar al Descubrimiento de una dimensión universal. José Alcalá-Galiano afirmó en 1893 que: “Nunca celebración más universal ha conmovido al mundo, porque nunca se ha conmemorado hecho más trascendental y culminante en la vida histórica de las humanas criaturas [...] Las fiestas colombianas, el 12 de octubre (que en lo sucesivo será nacional en España y América) es una fiesta casi planetaria porque dos continentes la celebran”. En el Archivo de Asuntos Exteriores (Madrid) se conservan noticias de fiestas celebradas en numerosos países, algunas tan curiosas como las referentes a la lejana Conchinchina. Este carácter universal, junto al nacionalismo y a los deseos de superación de las polémicas existentes, impulsó la celebración del IV Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Así lo declaraba Menéndez y Pelayo: “No es realmente el centenario de Colón lo que se cele-

descubrimiento de América intervinieron han sido después juzgadas, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892. Con este trabajo inauguró las conferencias del Ateneo de Madrid el 11 de febrero de 1891. Como presidente del gobierno, don Antonio contribuyó a dinamizar los actos del IV Centenario y concentró los principales festejos en La Rábida y Huelva. En estos escenarios se celebró el IX Congreso Internacional de Americanistas (7-11 de octubre de 1892), cuyas actas han sido recientemente impresas en edición facsímil, con estudio preliminar de Salvador Bernabéu Albert, por el Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera, 2006.

72 Fernández Duro, Cesáreo: “¿Es el Centenario de Colón?...”, p. 130.

bra, sino el descubrimiento total del Nuevo Mundo, y aún si se quiere el conjunto de la grande obra colonial de castellanos y portugueses, ora se la haga arrancar de los descubrimientos y sublimes adivinaciones del Infante D. Enrique, ora, como otros quieren, de la primera ocupación de las islas Canarias”⁷³.

Esta visión fue la que adoptó la dirección del Ateneo de Madrid al programar un ciclo de conferencias en el curso 1891-92 con el título de *El Continente Americano* (55 en total), siendo su promotor el literato y académico Antonio Sánchez Moguel, fundador de la sección de Historia de la prestigiosa institución madrileña. Las dedicadas al Almirante fueron las siguientes: Isidoro de Hoyos y de la Torre, Marqués de Hoyos: *Colón y los Reyes Católicos*; Cesáreo Fernández Duro: *Amigos y enemigos de Colón y El primer viaje de Colón*; Luis Vidart: *Colón y la ingratitud de España y Colón y Bobadilla*; Patricio Montojo: *Las primeras tierras descubiertas*; Víctor Balaguer: *Castilla y Aragón en el descubrimiento de América*; Emilia Pardo Bazán: *Colón y los franciscanos*; Nicolás Paso y Delgado: *Los retratos de Colón*; y Manuel Colmeiro: *Los restos de Colón*. Las conferencias ateneístas se imprimieron primero por separado y después todas juntas en un lujoso volumen⁷⁴. Además fueron reseñadas en la mayoría de los periódicos y revistas de la época, teniendo así una difusión extraordinaria para la época.

Uno de los conferenciantes, Luis Vidart, oficial de artillería retirado, que sería elegido poco después académico de la Historia, desencadenó una interesante polémica con la conferencia titulada *Colón y Bobadilla*⁷⁵. En ella se preguntaba si los graves cargos que se le hicieron al Almirante eran reales o inventados. Vidart apoyó la idea de que fueron verdad, que su gestión como virrey fue un desastre, justificando su detención y envío a España: “El inmor-

73 Menéndez y Pelayo, Marcelino: “De los historiadores de Colón...”, t. I, 1892, p. 439.

74 *El Continente Americano. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid sobre el descubrimiento de América*, Rivadeneyra, Madrid, 1892-1893.

75 La conferencia la dictó el 14 de diciembre de 1891. Fue publicada en *El continente americano*. Por ejemplo, Antonio Peña y Goñi firmó un artículo satírico en *La Época* (Madrid, 23 de diciembre de 1891), titulado “La estatua de Colón”, en el que criticaba la conferencia. Vidart le respondió con un boceto dramático que publicó en *La Correspondencia de España*, Madrid, 24 de enero de 1892. Más tarde, Vidart publicó *Colón y Bobadilla. Una polémica y un boceto dramático*, Tip. de Manuel G. Hernández, Madrid, 1892. Siguió con sus postulados en “Una carta del comendador Bobadilla. Al Excmo. Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, de Mejor Vida, a I.º de Febrero de 1892”, en *Blanco y Negro*, Madrid, 20 de marzo de 1892. Sobre estas polémicas, véase Bernabéu, Salvador: *1892. El IV Centenario del Descubrimiento de América en España...*, pp. 121-126.

tal descubridor del Nuevo Mundo era un pésimo gobernante. [...] yo no quiero consentir, yo no puedo consentir, que a la gloria de Colón le sirva de pedestal la deshonra de España, y así sucede en la leyenda colombina, que hoy se admite como historia verdadera por el vulgo de las gentes, y lo que aun es peor, hasta por escritores de justo y esclarecido renombre”⁷⁶. Para apoyar su tesis cita a Oviedo y Las Casas y repite otras afirmaciones ya pronunciadas por otros revisionistas, como Fernández Duro o Justo Zaragoza. Las reacciones fueron numerosas y virulentas, principalmente desde el Ejército y la Iglesia⁷⁷, alimentando una interesante polémica que dividió a la opinión pública durante el año del centenario.

En general, la labor del Ateneo fue más pacífica y fructífera, dando a conocer aspectos casi olvidados de nuestro pasado americano, como la colonización de California, por Luis Torres Campos⁷⁸. Para que no se entibiase los ánimos por el Almirante, algunos optaron por la *españolidad* de Colón en un intento de superar la dicotomía entre el Almirante y Pinzón⁷⁹.

Toda una serie de consecuencias se derivaron de la nueva idea del Descubrimiento. En primer lugar, la acentuación del carácter hispano-portugués de la misma; el Descubrimiento será ibérico:

“No, en verdad –señalaba Luis Vidart–; obra es de la raza ibérica, hay que repetirlo una y muchas veces; obra es de Portugal y de España el descubrimiento, colonización y conquista de América y Oceanía; obra gloriosísima en que tomaron parte, al par de Cristóbal Colón, sin que esto disminuyera la grandeza de su personal iniciativa, insignes príncipes, sabios cosmógrafos, valerosos navegantes y expertos capitanes, el genio de Colón no habría podido hacer en pocos años

76 Vidart, Luis: *Colón y Bobadilla*, Sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1892, p. 40.

77 En el *Memorial de Artillería* dedicado al IV Centenario (Imprenta del Cuerpo de Artillero, Madrid, 1892), Eduardo Oliver escribió: “Hay frases de moda, y hoy lo está la de *destruir la leyenda colombina*; y los que por su saber y talento pueden permitirse el capricho de intentarlo, no meditan seguramente el daño que su autorizada opinión causa, pues escuchándose con ella muchas medianías volubles y tornadizas, se atreven a clavar su garra en el gran *Almirante de Indias*, que parece condenado a ser víctima de toda suerte de pasiones, donde el entusiasmo irreflexivo y perjudicial a la envidia, pasando por la dirección del sabio que, en su afán de descubrir, acaba por *descamar* el que hace objeto de sus investigaciones” (p. 22).

78 Una crítica general en Carrasco Labadía, Miguel: *Colón en el Ateneo. Apuntes de crítica histórica o sea vindicación de los ataques dirigidos al insigne descubridor de América desde la cátedra del expresado centro*, Tip. Manuel Ginés Hernández, Madrid, 1892.

79 Sánchez Moguel, Antonio: “Españolismo de Colón”, *La Ilustración Española y Americana*, vol. XXXVII, Madrid, 12 de octubre de 1892, pp. 600-601.

lo que ha necesitado dos siglos de asidua labor, en que pusieron sus manos y su entendimiento, como dice Mendoza, los más preclaros varones, honra y prez de Portugal y España”⁸⁰.

Lo destacable, en segundo lugar, es el enriquecimiento temporal y espacial que se ha producido. Pero esto es precisamente lo que obliga a que se cuestione la influencia de España en la Historia Universal y la validez del Descubrimiento en relación con la evolución histórica de nuestro país. Así lo dejaba planteado el gran político y escritor Emilio Castelar: “hay algunos historiadores hispanos que inscriben muy graves entre las desgracias patrias el descubrimiento de América, juzgándolo agotador de nuestra raza, como hay algunos escritores americanos que maldicen muy serios la llegada de nuestra nación allí, especie de serpiente metida en el edén primitivo sin mancha ...” Y añade su juicio sobre el problema: “Nosotros no pudimos menos que descubrir América; y América no pudo menos que ser descubierta por nosotros en el plan providencial o lógico de la humana historia”⁸¹.

Insisto en la falta de novedad de los planteamientos. Se recurre a Humboldt, Hegel, Herder, Condorcet y otros pensadores para apoyar las nuevas perspectivas. Lo que me interesa destacar es la evolución y enriquecimiento de la idea del Descubrimiento y su situación en el contexto histórico-cultural que lo genera. Sirva como epílogo la constatación de numerosas referencias a las aportaciones científicas del Descubrimiento de América, y por tanto de España a la Ciencia Universal, como los *Apuntes para una biblioteca científica española del siglo XVI*, de Felipe Picatoste (Madrid, 1892), y la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América* del conde de la Viñaza (Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1892). Este interés por los aspectos científicos hay que ponerlo en relación con la polémica sobre la Ciencia Española que dividió a los científicos en la coyuntura finisecular. En conferencias y artículos se destacaron las influencias del Descubrimiento en la geografía, la biología, la náutica, la metalurgia, la astronomía, la antropología y otros conocimientos, pues como afirmó el Conde de Valenças: “Así como los demás pueblos de Europa realizaron al terminar el siglo XVI la

80 Vidart, Luis: “Causas de los errores históricos referentes al descubrimiento de América y Oceanía”, *El Centenario*, vol. III, Madrid, 1892, p. 234.

81 Castelar, Emilio: “América en el Descubrimiento y en el Centenario”, *El Centenario*, vol. I, Madrid, 1892, p. 102.

gran revolución que se llama el Renacimiento, o sea una revolución en las artes, en las letras y hasta en la conciencia humana, mediante la libertad religiosa; españoles y portugueses llevaron a cabo con los descubrimientos enorme revolución científica, que sirviendo más que aquella al provecho de la humanidad, creó el extraordinario adelanto de la sociedad moderna”⁸².

El triunfo de la imagen de Colón

Convencida de estar viviendo un momento histórico, la España de finales de siglo se dispuso a festejar la efeméride a pesar de la escasez de fondos. Estamos ante una sociedad mayoritariamente analfabeta, por lo que las imágenes van a tener un papel fundamental en el desarrollo de los actos del Centenario. Imágenes plásticas, por supuesto, pero también imágenes poéticas e imágenes sonoras. Si empezamos por estas últimas, habría que recordar las docenas de marchas que se dedican a Colón y al Descubrimiento. También hay noticias de cantatas, romanzas y composiciones para piano que se intercalan con las poesías en los cientos de recitales que se programaron a lo largo y ancho del país. Incluso se citan obras de teatro y óperas, aunque no he encontrado muchas noticias sobre su éxito.

Pero dominan las imágenes plásticas, que se convierten en el vínculo entre la sociedad y la historia, entre el centenario y la vida individual. Para una sociedad analfabeta, los cuadros, las esculturas, los relieves y los monumentos adquieren un gran valor para dar el mensaje. Y estos se multiplican gracias a las litografías, los grabados, las monedas conmemorativas y las reproducciones fotográficas en libros, postales, revistas y periódicos. En ellos hay una tendencia moderna a reproducir imágenes sin más, aprisionando la historia colombina en unas cuantas escenas que se repiten hasta la saciedad y que podemos resumir en la siguiente colección de cromos que poseía Fernández Duro: 1º Alegoría; 2º Colón en el convento de la Rábida; 3º Ante el Consejo de Salamanca; 4º La reina Isabel empeñando sus joyas; 5º Embarque de Colón en el puerto de Palos; 6º Insurrección a bordo; 7º Descubrimiento de tierra; 8º Primer desembarque en el Nuevo Mundo; 9º Construcciones de la fortaleza de Navidad; 10º Recibimiento hecho a Colón; 11º

82 *Congreso Jurídico Iberoamericano reunido en Madrid el año de 1893*, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, Madrid, 1893, p. 57.

Caciques en traje de guerra; 12º Un indio llevando rehenes a Colón; 13º Un buen comercio; 14º Colón es transportado a España con cadenas; 15º La prueba del huevo; 16º Muerte de Colón⁸³. Las imágenes siguen una narración cercana a la leyenda colombina, que va a sufrir pocos arañazos a pesar de los descubrimientos documentales y rectificaciones históricas de los pertinaces y sesudos amigos de Fernández Duro.

En cuanto a los cuadros, hay que destacar que los temas colombinos comienzan a pintarse en la segunda mitad del siglo XVIII, desaparecen en los primeros treinta años del siglo siguiente y de nuevo regresan con gran éxito gracias al Romanticismo oficial academicista que tiene en el cuadro histórico a su producto más importante. Como han señalado Enrique Arias y Wilfredo Rincón el triunfo de la pintura de la historia en la primera Exposición Nacional de Bellas Artes de 1856 se produjo, precisamente, con un cuadro de tema colombino: el *Colón en la Rábida* de Eduardo Cano de la Peña. Pero ya desde los años treinta tenemos a Valentín Carderera, con un cuadro titulado *Los Reyes Católicos recibiendo a Colón a su vuelta del Nuevo Mundo*, presentado a la Exposición de la Academia de Bellas Artes de San Fernando de 1835. Las obras sobre el descubridor aumentan en la segunda mitad del siglo, y en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892 se presentaron hasta nueve cuadros de temáticas colombinas. Pasado el centenario, solo aparece un cuadro en la Exposición de 1895 (*Cambio de rumbo de Eulogio Genovés Bernal*)⁸⁴. Muchos de estos cuadros van a ser incluidos en los libros de Colón o en los artículos de las revistas ilustradas, multiplicando su impacto en la época. En cuanto a los monumentos inaugurados en 1892, hay que destacar el levantado en la explanada de La Rábida, obra de Velásquez Bosco, y el dedicado a Isabel la Católica y a Colón en la ciudad de Granada, firmado por Mariano Benlliure.

En la calle, el pueblo siguió identificando la conmemoración de 1892 con las fiestas dedicadas al navegante genovés y con las personas que le ayuda-

83 La colección, de autor anónimo, estaba en poder de Fernández Duro. Las medias eran de 90 x 65 mm. *Bibliografía Colombina...*, pp. 577-578.

84 Arias Angles, Enrique y Rincón García, Wilfredo: "La imagen del descubrimiento de América en la pintura de Historia española del siglo XIX", *Relaciones artísticas entre España y América*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 273-363. Estos autores enumeran hasta 103 cuadros, elevando considerablemente los reseñados anteriormente por Espinos Diez, Adela, García Saiz, Concepción y López Torrijos, Rosa: "Colón y el descubrimiento de América en la pintura española e italiana del siglo XIX", *V Congrés Espanyol d'Història de l'Art, Barcelona 1984*, Ediciones Marzo 80, Barcelona, 1986, 2 vols.

ron en su empresa, principalmente los Pinzones y los Reyes Católicos. En la revista *Blanco y Negro* correspondiente al 9 de octubre de 1892, Andrés Corzuelo escribió un artículo titulado “Un poco de Colón” donde se hacía eco de la fiebre mercantilista extendida por todo el país: “Ha de contar usted con que la industria no se duerme en las pajas y no se acerca usted a un escaparate donde no provoque su atención un artículo elaborado en honor del insigne genovés. Hay caramelos de Colón, bizcochos Colón, mazapán Colón y salchichón Colón, que es ya llevar las cosas a la exageración. Ayer todo a Peral, hoy todo a Colón, mañana Dios dirá. Un industrial ha tenido una idea feliz. Ha fabricado unos bustos de Colón con chocolate y ha llenado el escaparate con este letrero: Colones a 0’50”. Otro periodista, Antonio de Barro, también se hizo eco de los excesos colombinos: “se han puesto a la venta pañuelos Colón, cajas de cerillas Colón, anís Colón, betún Colón, babero Colón. Los establecimientos bautizados con mi nombre son infinios: ‘Al huevo de Colón. Pollas y demás aves’, ‘Colón, mercería y pasamanería’, ‘Ultramarinos de Colón’ [...]”⁸⁵.

No hay duda de que la mayoría de la población española identificaba el Centenario con Colón, y que los debates de los historiadores, escritores y periodistas no le interesaban. Al pueblo le gustan los festejos, ver a los protagonistas de los descubrimientos en cabalgatas y desfiles, bailar, disfrutar de los fuegos artificiales y de las retretas militares. Y en estas celebraciones, salvo en puntos concretos como Huelva y Sevilla, no hay sino desilusión por la diferencia entre las promesas de grandes acontecimientos y la estrecha realidad que vivieron. En la revista *Blanco y Negro* apareció la siguiente poesía: “Habemos venío / Allá desde lejos / Y tos con el pío / de ver los festejos. Y es mucho trabajo / No verlos jamás / Ni arriba, ni abajo / Ni adelante, ni atrás. / Si toas las funciones / Son cohetes y tracas / ¿Pa qué cartelones / Ni pa qué alharacas? / De haberlo sabío / ¡Voto a Colón / No hubiera salfo / de Villamelón”. El carácter “cultural” del Centenario que imprimió Cánovas también fue objeto de sátiras, como “El Centenario en Valdepitorro”, imaginaria villa donde se inauguró una estatua a Colón “con una bota de vino en la mano”; y se premió a las tres mejores memorias que versasen sobre los temas: “El café que les gusta a los hombres, ¿es efectivamente el caracolillo?; Las viudas de los guacamayos, ¿tienen derecho a la viudedad? Y “¿Es cierto

85 *El Demócrata*, núm. 1133, Madrid, 1 de septiembre de 1892.

que Pinzón abusaba de la horchata de chufas”. Además, Valdepitorro festejó el centenario con una gran cabalgata donde desfilaron: Colón y su familia, los Reyes Católicos, Pilatos a caballo, Fernando VII, el pendón de Castilla, la imagen de San Roque y una pareja de la guardia civil. La realidad no fue muy distinta de la ficción, pues en la cabalgata histórica que se celebró en Madrid, los chulapos de la villa, disfrazados de indios, inventaron dos frases célebres: “Vente a hacer el indio a otra parte” y “Que te den dos duros”, pues esa fue la paga por salir en la cabalgata “haciendo el indio”. El desfile histórico fue ideado por el dramaturgo Javier de Burgos y puesta en la calle por el escenógrafo del Teatro Real Jorge Busato, en cuatro composiciones: “Boabdil”, “Franciscanos de la Rábida” “Las tres carabelas” y “Los Reyes Católicos”.

En fin, hubo cientos de festejos en todo el país y las autoridades se esmeraron por ofrecer a los vecinos alguna novedad en los programas habituales de celebraciones locales. Para muchos, 1892 fue simplemente un año más o el Centenario fue una ocasión de llenar de patos el Manzanares⁸⁶. Para unos pocos historiadores y periodistas, la conmemoración del Descubrimiento de América se convirtió en una ocasión única para desterrar leyendas y buscar documentos colombinos con los que escribir una biografía más científica. A estos últimos (nuestros abuelos colombinos) he dedicado este trabajo, en el que he querido unir el lejano siglo XIX con el joven siglo XXI, de cuya construcción histórica somos responsables.

86 Bautista Díaz, Juan: *Memoria descriptiva para tomar parte en los festejos del cuarto centenario de Colón verificando la limpia de una trayectoria parcial del río Manzanares para salubridad y embellecimiento de Madrid y navegación a vapor, creando además beneficios generales y rendimientos a perpetuidad para el Excmo. Ayuntamiento de esta corte*, Tipografía de *El Liberal*, Madrid, 1892.